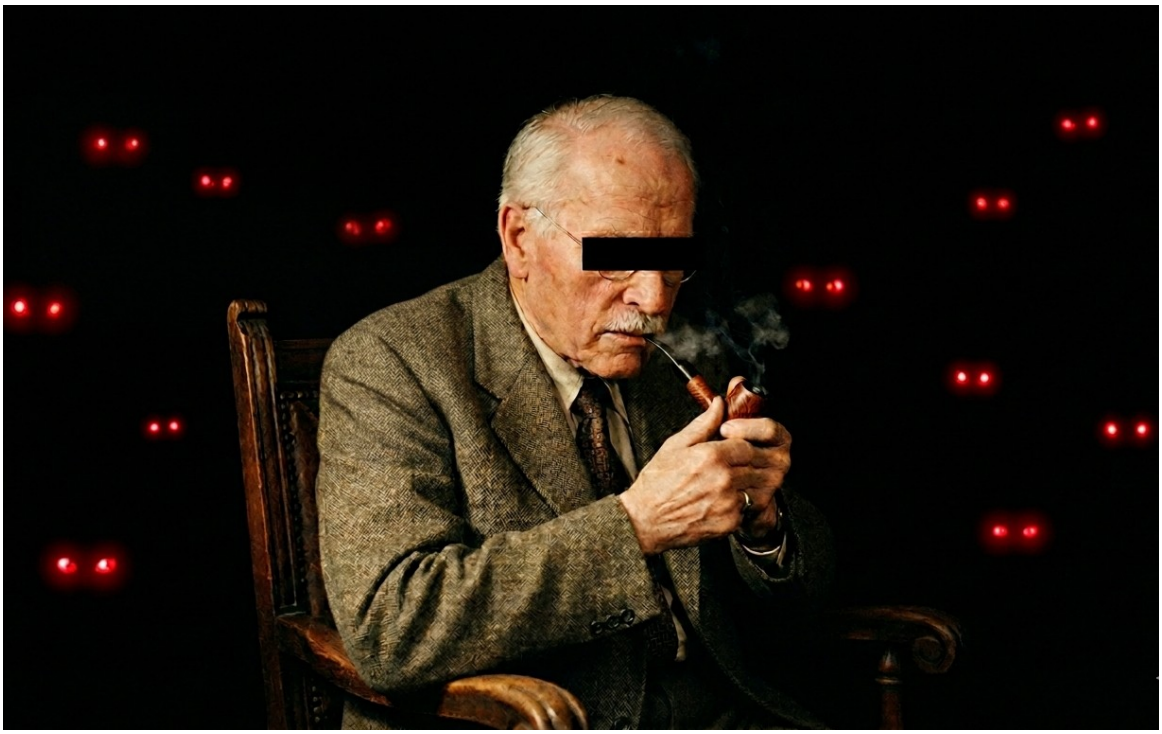
Mis Amigos Los Tetraédricos:

Autobiografía,
Introspección,
Critica.

Yasser A. Chavez



ADVERTENCIA: Este texto explora heridas emocionales, soledad y patrones de pensamiento complejos desde una mirada profunda e introspectiva. Puede remover experiencias personales o sensaciones de incomodidad. No sustituye ningún acompañamiento terapéutico. La responsabilidad de cómo recibes y procesas este contenido es enteramente tuya. Léelo con cuidado de ti mismo.

Capítulo I: Semáforos y Taxis

El primer capítulo me gustaría dedicárselo a todas esas personas que son invisibilizadas, como si fuesen un árbol más que adorna la ciudad y del cual no se puede aprender nada.

En mi etapa de preparatoria, estaba a la 1:00 pm en la parada del transporte. Desde ahí, era testigo de cómo esos árboles, que muchos creen estáticos y sin vida, son todo lo contrario: llenan el silencio del concreto con el sonido de sus hojas al chocar unas con otras, hacen más llevadero el trayecto de mi casa a la escuela y me proveen del suficiente oxígeno para poder salir vivo de aquel edificio que nos suministraba aire artificial, capaz de helarte el alma si no opones resistencia. Por suerte, no era una tortura continua, pues existía algo llamado "receso": media hora para comer en la cafetería interior de la escuela, al lado de una cancha asfaltada con árboles que, aunque no se ven a simple vista, no dejan de ser tan interesantes como los que me acompañan en el transporte.

Recuerdo estar en la habitual situación de haber reprobado varias materias. Esas personas que tienen un rol que pasa a segundo plano, pero que siempre cumplen su función —como los árboles que nos dotan de oxígeno cuando lo necesitamos—, esa vez hicieron algo fuera de lo común. Lo puedo abstraer con la frase: "Todos los árboles dan sombra, pocos dan frutos". En ningún momento mostré interés en platicar con el conserje, pero ya era demasiado tarde para tomar esa decisión: mis ojos se me anticiparon y se comunicaron antes con él a través de esa luz tenue que solo las personas con alma pueden ver; como si se tratara de un árbol que crece buscando la luz del sol, no para nutrirse, sino para nutrir al otro. Fue así como este conserje me dijo algo así como: "Échale ganas, tú puedes salir de ese lío de materias. No te desanimes". La verdad, no me esperaba esa consideración, viniendo de alguien que pareciera estar desconectado de la estructura docente/administrativa.

Les hablaré de una persona que logró romper los muros de concreto. Por un momento, esos árboles que están en los interiores, donde no pueden ejercer su condición de árbol, lograron recibir la luz más pura que se puede recibir, y no viene de nuestro astro, sino de los niños que, con lápiz y papel, pudieron hacer un retrato más realista de aquellos árboles —que incluso superaría al de los pintores italianos—, porque nunca nadie podrá retratar al otro como uno mismo. Y si con mis palabras no saben todavía de quién hablo, se trata de mi queridísima maestra Olga, de Argentina, cuya escuela aún vive y sigue

dotando a las nuevas generaciones de su humanismo. Este capítulo es la prueba de que su voz ha resonado en mis adentros.

Yo tuve la fortuna de vivir rodeado por dos árboles frutales que, aunque eran muy jóvenes como para hacer ruido con sus ramas, lo agradecí mucho. Cuando uno quiere profundizar en cualquier tarea, primero tiene que suplir las necesidades básicas: el descanso, la comida y, si uno se pone caprichoso, también el silencio. En mi caso, obtuve las tres cosas de aquellos árboles. Por eso, este texto y mis tres anteriores [1], [2] y [3] sirven como manifiesto de que sus esfuerzos no fueron en vano. Ahora me toca a mí regresares el esfuerzo de su trabajo —que convirtieron en dinero para darme educación—, pero en mi moneda de cambio: un texto lleno de símbolos que logran abstraer cosas complejas en palabras simples.

Y es por eso que puedo ver su esfuerzo, aunque para muchos sus trabajos no sean complejos. Y permítanme regalarles esta explicación del primer símbolo, “Semáforos y Taxis”, que logra abstraer sus vidas: porque me tuvieron un año menos de la edad que tengo ahora, y ustedes no eran más que niños que renunciaron a perseguir una carrera universitaria o simplemente la educación media, y tuvieron que trabajar a temprana edad —como aquellos niños que trabajan en los semáforos, donde su esfuerzo no es proporcional a su salario—. Pero aun así, decidían pagar el taxi de regreso a casa, de la misma manera que pagaban mi colegiatura, donde creían que yo llegaría a mi destino como el pasajero de un taxi.

Y yo sé que ya hace dos años que dejé la universidad, y parece que desprecio el esfuerzo que hicieron. Puede ser desgarrador, pero gracias a esos dos años hoy puedo escribir un texto como este, y lo más valioso: puedo ayudar a niños como ustedes y como yo, porque ahora mi pensamiento simbólico y estructurado está al servicio de los demás. Ahora soy yo quien les hereda un patrimonio cultural e intelectual; algo que les fue arrebatado.

Solo me queda darles las gracias, porque me han permitido ser el único dueño de mi tiempo. Dado que no estaba en ustedes darme apoyo emocional, educación o cultura —pues, como dije antes, no me pueden dar lo que no les fue dado—, han logrado darle la vuelta a eso y convertir el ruido de los adultos que los criaron en silencio; un silencio que yo convertí en estructuras, símbolos, orden, humanismo… es decir, en mi forma de existir en este mundo.

No, no me olvidé de las personas cuyo trabajo no es remunerado. También las incluyo en mi símbolo, porque son como ese niño del semáforo: trabajan como cualquier otro, pero el Estado no lo reconoce como un trabajo. Una de las personas que más ha hecho posible que mis textos se puedan refinar, y que yo mismo lo haga, es mi abuela. Ya se ha ganado, simplemente, la abstracción de «abuela», pues no puedo pensar en otra abuela que en ella. Y mi lector seguramente ya sabe quién es. Esa persona tiene una historia parecida a la de mis papás, por lo que también reconozco su trabajo no remunerado. Hoy lo hago visible, porque para que exista un texto como este, tiene que haber un esfuerzo descomunal para poder sostenerlo.

Aunque los nombres que mencioné antes no salgan en los libros de ciencias o humanidades, son tan importantes como los autores Carl Jung, Nietzsche, Hermann Hesse, Albert Camus, Julio Verne, Aldous Huxley, Perrault, Franz Kafka, Lovecraft… que me han acompañado en la compleja tarea de articular un texto de este calibre. Es muy difícilmente que escriba algo tan profundo y desafiante como lo es verse las heridas cuando aún no han cerrado, y ser el cirujano que se opera a sí mismo.

Capítulo II: Sed De Simbolismo 3 6

Mi etapa en el kínder, a simple vista, podría parecer normal; no distaba mucho de la de cualquier otro niño que hubiera tenido sus necesidades básicas cubiertas. Por lo que recuerdo, consistía en pegar infinidad de bolitas de papel o pintar, lo cual no me desagradaba. Sin embargo, también tuve esos momentos de llanto cuando te extraen de tu seno familiar, por lo que se puede decir que fui un alumno más.

Tengo varias anécdotas que se me han quedado grabadas en la memoria. En la primera, fui solo un observador: uno de mis compañeros le regaló unas calcomanías a una compañera y la atmósfera era de amor. La segunda ocurrió cuando la mamá de uno de mis compañeros me iba a dar una capa de vampiro. En ese momento, era el más feliz; por fin podría ser un vampiro, a pesar de no tener los colmillos más intimidantes. Pero la capa nunca llegó a mis manos. Este fue el punto de inflexión en mi relación con el símbolo, que se intensificaría y daría inicio a un proceso complejo con raíces en el inconsciente. Se convirtió en una especie de fantasma que solo yo podía ver, pero que sería el intermediario entre el mundo exterior y yo.

En otras palabras, estaba soñando despierto: la información que debería haber recibido de los sueños (del inconsciente) se manifestaba durante el día. Esto se conecta con mi tercera anécdota. Un día nos pidieron llevar nuestros juguetes favoritos, y yo llevé unos del McDonald's. Mi fantasma los dotó de significado y llenó el vacío emocional que no llenaba mi familia. Así, esta alianza empezaba a dar sus frutos. Es como la relación de un nieto con su abuelo: este cumple la función de hacer digeribles los conflictos y las emociones, y de darle un sentido de pertenencia al escucharlo. Todo esto iba a ser la tarea de mi fantasma.

Mi vida fuera del kínder comenzaba a la hora de la salida, cuando nos esperaba un señor con un carrito de madera que contenía una infinidad de cosas: golosinas, juguetes y cualquier otro objeto capaz de captar la atención de los infantes. En más de una ocasión, mi abuela me compró una pelota con tiras de plástico, cartas de series animadas, imanes o algún refrigerio.

Por lo que recuerdo, solía jugar solo en mi patio o, a veces, acompañado de mi perro, un labrador negro. Lo más significativo que podemos extraer de esto es que las mascotas se convertirían en algo que me acompañaría toda la vida. Lo que inició como una mascota más se volvería crucial para mi punto de vista acerca de mi situación con los animales, ya que terminarían siendo la única compañía que tendría en casa.

Mis padres trabajaban durante el día, así que yo quedaba al cuidado de mi abuela, quien hacía lo que podía. Un hecho a destacar es que a veces me cantaba canciones infantiles, pero en la casa no había libros para niños. Por ello, se puede suponer que mi abuela no adquirió esos conocimientos de forma tradicional, sino a través de las experiencias del día a día. Por algún motivo, esta tradición en mi madre se iba a perder, lo que hace intuir que algo sucedió que suprimió esa parte de herencia de mi abuela.

Sin embargo, después de unos años, esa tradición volvería a revivir al ver a sus nietos, como si su niña interior tratara de dar lo único que tenía, intentando decirnos: "Tomen estas hojas que guardé por años; ustedes sabrán darles un mejor uso". Y, en efecto, hoy a esa niña le devolví mi texto “El Mundo De Los Números”, lleno de fantasía, un mundo en el que podrá perderse y que la tratará mejor que el mundo que la vio crecer.

Hoy, esas hojas que en la vida real no existen son un símbolo de los míos. Puedo decir con orgullo que en mi casa nunca faltará un libro de fantasía, y que este no tuvo que ser sacado de una biblioteca, sino que nació de la misma familia. Esto cambia la perspectiva de quien pudo ver alguna vez a esa familia sin legado literario: aquello no era más que el precio que estaban dispuestos a pagar, el cual supera lo monetario, pues pagaron con sus vidas creyendo en las nuevas generaciones.

Somos los únicos testigos de esta historia y quienes, gracias a su esfuerzo, hoy podemos articular y nombrar las cosas que los niños que me precedieron nunca pudieron. Y, de alguna u otra forma, esos niños ahora viven en mis textos.

De lo anterior, podemos percibir una profunda soledad que me ha cubierto como una manta hasta el día en que escribo esto; pero no cualquier manta, sino una térmica que, en su interior, me envuelve con una capa de simbolismo capaz de abstraer el calor que mis ojos siempre han visto en los demás. Y aquí nace uno de mis más grandes conflictos internos: la búsqueda de lo humano.

En mis recuerdos del kínder, soy más consciente del símbolo que de mi búsqueda de lo humano, pero esto no quiere decir que una cosa se manifestara antes que la otra. Cuando era un infante de tres a seis años, todo esto era muy natural en mí. Fue solo después de varios años de introspección que pude detectar mi tendencia a dotar de significado a los objetos, a ver a los invisibilizados y a sentir un tipo de satisfacción en el simple hecho de estar con ellos. Estos rasgos no harían más que seguir desarrollándose de manera inconsciente, y no tardarían en materializarse de formas cada vez más evidentes.

Capítulo III: Vanessa 6 - 12

Mi etapa en la primaria es donde empiezo a destacarme de los demás, aunque no en el sentido que primero se le vendría a la cabeza, sino por mi bajo rendimiento escolar y mi poca capacidad para socializar con el grupo; algo que puede deducirse fácilmente de los dos capítulos anteriores. Aun si hubiera sido el niño más deseoso de un abrazo, eso no implica que poseyera las herramientas para que dicho encuentro se diera con el otro.

Por esto, puedo abstraerlo con el símbolo de “El niño y el historiador”: como si mi yo infantil se encargara de recolectar y archivar los recuerdos más significativos sin entender el valor que tendrían después, al igual que aquel niño que trabaja como ayudante de un historiador. Este le encomienda la tarea de recolectar reliquias en una zona arqueológica, lo cual haría sin prestar resistencia alguna, pues para él no es más que un simple juego. Sin embargo, solo el historiador puede darles nombre a esas reliquias y ubicarlas en una línea de tiempo, ya que puede que una pieza sea una mera imitación más moderna.

Lo mismo ocurre en nuestros sueños: a veces, nuestro inconsciente secuestra personas de nuestra infancia y les dota de personalidades ficticias o les atribuye características del presente. Por lo tanto, es nuestra tarea saber discernir, de la misma manera que lo hace un historiador.

Regresando a mi etapa en la primaria, durante los primeros años presentaba problemas para aprender a leer y escribir. No sé exactamente qué tan graves fueron, pero partiendo de mi calificación final de 8.1, es poco probable que hubiera una regularidad en todos los años, por lo que en algún año tuve que tener un rendimiento más bajo que el promedio. A esto se añadía un problema físico: la anquiloglosia, que me dificultaba el habla. Así, tenemos la tríada problemática (lectura, escritura y oralidad), habilidades que me costarían mucho refinar, puesto que estas se desarrollan principalmente en la escuela y el hogar.

La oralidad sería la única tecnología que llegaría a dominar más o menos, puesto que hasta el más desdichado aprende a hablar; sin embargo, mis problemas afectivos y mi entorno dificultarían el desarrollo de las otras dos.

Es importante notar que el símbolo solo requiere del oyente; basta con saber de qué hablan las personas a tu alrededor para que tu maquinaria psíquica empiece a trabajar. Y es aquí donde se formará mi tríada personal (símbolo, estructura y orden), puesto que para entender el caótico mundo exterior que se iba revelando —ahora que había adquirido el lenguaje— ya no bastaba con el mero símbolo. Para que se me entienda mejor: esta tríada me permitía analizar mi entorno y todo aquello que me resultara caótico. Este mismo texto es un ejemplo de ello.

Por lo tanto, mi estructura psíquica, como desarrollo final, se consolida en esta etapa. Compartiré varias anécdotas en las que se irá confirmando lo que venimos deduciendo con anterioridad.

Mi escuela era una de las más marginadas de la ciudad. A ella asistían los niños de los recursos más bajos, los provenientes de casas hogar y, en algunos casos —como el mío—, quienes íbamos simplemente por cercanía o porque así lo decidió la familia. Esto, lejos de aislarme, intensificó mi búsqueda de lo humano, pues me puso frente a los niños más vulnerables y me permitió ser testigo de las infancias más rotas que haya generado este país llamado México.

La primera anécdota se remonta a los primeros años de primaria, cuando conocí a un compañero probablemente uno de los más desdichados —aunque de esos que abundan en todo México—. Vivía en la parte más alta del cerro. Un día lo acompañé hasta su casa: una vivienda muy humilde con vista a un barranco en el que corría un riachuelo. Aquello contrastaba profundamente con mi posición. Él no tuvo elección para elegir la escuela.

Su silencio, comparado con el mío, lo convertía en una sinfonía de Bach en braille, pues no hacía más que aislarlo. No hace falta acudir al psicoanálisis para saber que lo único que iba a ver o escuchar era vegetación y, de fondo, las voces de otros desdichados, aunque algo más afortunados por su cercanía con la ciudad.

Después de conocer su casa, lo acompañé a juntar fierro viejo. Curiosamente, la parte más valiosa ya sabía dónde estaba. Era como si todo estuviera guionizado y me invitaba a participar un día en su película llamada vida. Recuerdo cada fotograma: desde cuando bajábamos con los palos de fierro recorriendo todo el barrio, hasta llegar al lugar donde se vendía, que curiosamente estaba en mi manzana. Hasta en eso yo era más privilegiado que él. Pero muy rara vez junté botes, o casi nunca.

Y si se preguntan: «¿y tú lo invitaste un día a comer a tu casa?», la respuesta es no. Más allá de mis deficiencias sociales, creo que haber compartido tiempo con él, por alguna razón, me llevaba al mundo de lo humano; un mundo que me era tan desconocido que quedaba aturdido. Pero ahora lo inmortalizo en uno de mis textos más importantes —o el más importante— que escribiré en toda mi vida.

Este compañero no completará la escuela y terminó abandonándola, aunque no es justo decirlo así. Probablemente no tuvo elección, como tampoco la tuvo al entrar en ella.

La segunda anécdota tiene que ver con una niña muy pequeña de la casa hogar que ya presentaba antecedentes de mal comportamiento. Un día, protagonizó una de las escenas más crudas que se pueden presenciar en una primaria. Aún recuerdo ese día: no sé qué estaba haciendo, pero poco a poco la muchedumbre se fue juntando para ver tal espectáculo, que no era más que la menor amenazando con tirarse de un tejado. Me limitaré a usar el símbolo, puesto que el mero relato es más potente que cualquiera de mis artefactos. Al final, no se tiró, y la muchedumbre se quedó complacida, como aquel que asiste a un circo esperando volver a ver tal espectáculo.

La tercera anécdota es el símbolo principal del capítulo, donde mi tríada personal hace acto de presencia. Nos situamos en los últimos años de la primaria, con la llegada de una nueva compañera de nombre Vanessa. Sinceramente, ya no recuerdo cómo era su personalidad, por lo que esa parte la tengo difusa; no obstante, lo superficial se me quedó grabado, por lo que daré la siguiente descripción: pelo rubio, alta, vestimenta artesanal, mascotas finas y nivel socioeconómico bajo.

No sé si decir que el amor que sentía era el mismo que sentía por otras compañeras, porque siento que su imagen tuvo un efecto profundo en mi psique. Una de las imágenes que se me quedó grabada fue cuando las vi hacer las compras en el supermercado, al pasar por mi barrio: las dos hijas y la madre.

Mirando esto en retrospectiva, intuyo por qué me vi en la necesidad de categorizarla. Dado que mis habilidades sociales eran torpes, no podía tener un acercamiento más directo que buscara lo humano, que probablemente era lo que me atraía de ella. Pero esta no era mi forma de operar para intimar con el otro, por lo que mi tríada personal tomó el control. Desde entonces, solo bastaba con observar al individuo para satisfacer mi curiosidad, algo que terminaría de aislarme más. Esto no quiere decir que,

a partir de ese punto de mi vida, me fuera a quedar mudo; tuve amigos muy cercanos, algo que se volverá un patrón recurrente.

Una de mis primeras amistades del tipo uno a uno, sin intermediarios, se dio cuando tenía unos 9 o 10 años con un compañero. Una de las anécdotas que más recuerdo fue cuando le enseñé a bailar el trompo, y desde ahí me nombró "el maestro del trompo". Aunque este compañero terminó saliéndose de la escuela, años después volvimos a hablar de esta anécdota.

Mi calificación final fue 8.1, por lo que no recibí muchos reconocimientos. Aquí nace otra de mis luchas internas: la escuela, concretamente las calificaciones. Pues como en cualquier otra familia mexicana, esta métrica es tangible, se puede ver; pero para los niños similares a mí, esta métrica solo demuestra su ineptitud e indiferencia.

Como soy más de símbolos, partamos mejor del último reconocimiento que me dieron por haber pasado los seis años de forma consecutiva. Sinceramente, no sé a quién se le ocurrió esta idea, pero irónicamente es uno de los mejores símbolos que describe esta etapa. Por eso, hoy, después de 10 años, lo pediré prestado. Porque ese niño que entró en aquella escuela a los 6 años y salió a los 12 no hizo más que creer en su forma de ver y entender el mundo, resistiendo los seis años sin romperse, siempre bajo la lupa de lo “normal”.

Hoy no le reprocho nada a ese niño que me heredó su estructura psíquica, que hizo posibles mis cuatro textos: el matemático, el pedagógico, el didáctico y el introspectivo. Por eso, me puedo parar en cualquier escuela y persuadir a cuantos maestros se me pongan enfrente.

Aunque aquel niño no llegó a recibir validación emocional o reconocimiento, estoy infinitamente orgulloso, dado que su corazón aún late en mí. Y sé que en cada clase que le dé a niños, él siempre estará ahí.

Capítulo IV: El Abismo $6_{\div}^{12}$

Mi vida fuera de la primaria fue el periodo donde mi triada personal se hizo más evidente. Sin embargo, en aquel momento todo lo que hacía me parecía normal, pues nunca fui de esos niños que crearon sus propios juguetes. Aparte de usar las pinzas para hacer naves o armas, siempre preferí usar los juguetes comerciales.

Uno de los primeros juguetes a los que le agarré un cariño especial fue una camioneta miniatura azul. Este fue el inicio de un patrón: una fascinación intensa por juguetes singulares, algo normal en la infancia. Sin embargo, varios objetos trascendieron la categoría de 'favorito', como mi pelota de baloncesto y un molde de mamut para hacer hielo.

Mi relación con la pelota de baloncesto fue casi mística: aunque la usaba para jugar fútbol, a veces la escondían (la pareja de mi abuela, pues le molestaba que golpearan las paredes). Sin embargo, al poco tiempo la encontraba en el patio, lo que añadía un toque de magia. La recuerdo con mucho cariño porque me dio muchos momentos de diversión.

Y mi relación con el mamut pudo deberse a su doble funcionalidad: por un lado, hacía paletas de hielo fácilmente; por otro, apreciaba al personaje de mamut que era de una película.

La categoría “Jungiana” se la puedo atribuir a mis juguetes promocionales, tazos y canicas. Fue en este punto donde mi mundo interior comenzó a echar raíces en el exterior.

Hay una escena que considero la más significativa de toda mi infancia: aquella que se relaciona con una caja de zapatos que contenía promocionales de los Huevos Cartoons (calcomanías, llaveros, etc.). Aún recuerdo que abrirla me producía una satisfacción indescriptible, pues todos esos objetos de los Huevos estaba contenido en un espacio muy reducido.

Hoy, a mis 22 años, analizar aquella escena me provoca una profunda ternura, pues aquel niño no sabía que su aparente juego era la manifestación de su estructura psíquica en su estado más puro, la cual luego evolucionaría hacia un terreno más abstracto.

Esto se refleja en mi texto “El mundo de los números…”, donde no me bastaba con solo enseñar a sumar, sino que diseñé la siguiente estructura: símbolo / imagen, reflexión, narrativa, problema, ruta 1, ruta 2, análisis, (meta-análisis) y notas del autor. Todo ello, en un mismo texto con un orden que entrelaza cada elemento, me suscita la misma satisfacción que me provocaba mi caja.

Con las canicas llegué a tener cientos de ellas en un bote de helado. Con tan solo ver la perfección con que estas se ordenaban en un espacio reducido, me volvía a provocar aquella satisfacción. En cuanto a los tazos, la fascinación era más de tacto: sentir unos setenta en la mano era como palpar el símbolo, la estructura y el orden.

La relación con mis padres, desde los seis hasta los doce años, la puedo catalogar como fría y distante.

Quizás esto se debió a que me tuvieron jóvenes y a que ninguno de los dos había completado la educación media (Preparatoria). Sin embargo, esto no justifica que unos padres traten a sus hijos como cualquier mascota: solo un poco de atención, comida, algún que otro premio y que se las arreglen solos. Pero eso sí, las calificaciones siempre tenían que ser nueves y dieces.

Para entender la relación, es importante saber que la casa de mi abuela materna estaba a un lado de la casa de mi abuela paterna. Cada uno de mis padres vivía en casas separadas, pero nunca hubo una buena relación entre las dos familias. Yo no recuerdo que mi papá haya entrado a la casa de mi abuela materna, pero mi mamá y yo sí entrábamos al cuarto de mi papá.

Las pocas veces que nos reuníamos como familia eran para cenar (por lo regular comida callejera), ir al río, ver películas, celebrar fechas especiales con la familia de mi papá, o alguna que otra compra en una tienda departamental. Sin embargo, nunca hubo una plática más personal en torno a mí; todas las reuniones estaban mediadas por estímulos exteriores.

Si tuviera que escoger tres anécdotas que capturan la dinámica familiar, serían las siguientes:

La primera fue cuando me aventaron una bolsa con galletas y un jugo por una de las rendijas de mi cuarto. Me levanté, no los vi, pero tenía aquellos productos, algo que captura esa relación fría y distante.

La segunda fue cuando ahorré dinero para comprar un juego de mesa. Cuando llegué al cuarto de mi papá para decirles si querían jugar, respondieron: "Ahorita no". Nunca volvimos a jugar en familia a ningún tipo de juego de mesa. Esto reafirmó aún más que la soledad que me esperaba no era la soledad de cuando tus papás están ausentes por trabajo, sino una que te forzaba a construir un mundo interior rico, pues de otra forma no es posible seguirle el paso a la cotidianidad.

La tercera era cuando discutían por problemas de dinero en las escaleras que conectaban con el patio de mi abuela materna, algo recurrente en su relación. Esto provocó que mi mamá me diera a entender que mi papá era malo, pero nunca fue explícita; solo recuerdo escuchar: "Ya entenderás cuando crezcas". Nunca volvimos a platicar de eso. Luego, a mis veintidós años, tuve a mi papá con ojos llorosos diciéndome: "No creas lo que dicen, que soy un mal padre; sabes que te quiero". En realidad, fuera de mi mamá, nadie me decía cosas malas de mi papá. Mi mamá me decía eso cuando iba en primaria, por lo que siempre tuve que descifrar las vidas de los adultos que me criaron, además de la mí.

La relación con mi mamá es la que más recuerdos me trae, dado que pasaba muy poco tiempo con mi papá. Por eso, recuerdo estar acostados viendo televisión, ir a fiestas infantiles donde la pasaba mal, y también los problemas del día a día. Recuerdo que la enfadaba al decirle constantemente: “Pero no te enojaste” o “¿No estás enojada?”, buscando constantemente su aprobación, algo que se iría perdiendo en el futuro.

La relación con mi demás familia era un poco de lo mismo: conflictos entre hermanos y con mi abuela. Esto me provocó ciertos traumas que padezco hoy en día; por ejemplo, escuchar murmullos me regresa a aquella época donde escuchaba llorar a mi abuela, entre otras cosas. Por lo tanto, nunca tuve un adulto que me acompañara emocionalmente fuera de mis padres (que tampoco lo hacían).

Las tres anécdotas que representan mi paso por la casa de mi abuela materna son las siguientes:

La primera tiene que ver con los festejos familiares. Considero que eran extraños, dado que se podía sentir la tensión entre hermanos, por lo que siempre las vi más como una forma de contentar a mi abuela que como una convivencia genuina. Se veía la hipocresía en la foto familiar, donde mis tíos posaban todos juntos con mi abuela cuando, en realidad, era una familia fragmentada, lo que hizo que desde siempre sintiera que mi familia era rara.

La segunda tiene que ver con las mascotas que teníamos. Les gritaba, lo que provocaba que se asustaran, y luego los volvía a llamar; ellos regresaban con la cabeza agachada y me gustaba acariciarlos. Esto me causaba un tipo de satisfacción. Probablemente, la lectura de esto es el ejercicio de un falso control (que no sana, sino destruye) que contrastaba con el mundo caótico que me rodeaba.

La tercera tiene que ver con la televisión. Recuerdo pasar incontables horas viendo televisión en mi cuarto, aislándome por completo de la casa. Es algo que sigo haciendo, pero con ciertos avances: ya no es el aislamiento como anestesia, y poco a poco busco oportunidades para volverme a integrar en grupo, como pueden ser mis textos.

Este último aparato sería el causante de alimentarme intelectualmente. Aunque teníamos problemas familiares, contábamos con televisión por cable, lo que me dio acceso a un mundo que no hubiera sido posible conocer de otra manera. Por lo tanto, devoraba caricaturas, películas, programas de Estados Unidos, que en su mayoría eran true crime, realitys y documentales.

Por esta razón, me auto asigné el siguiente título, como en los videojuegos: “El Devorador de Almas”. Lo usé en el mejor de los sentidos, pues me alimentaba de las vidas de los demás, ya que la mía no era muy interesante socialmente, algo que me ha acompañado hasta el día de hoy.

Antes de terminar el capítulo, me gustaría señalar dos cosas que considero que ayudan a entender mejor esta etapa.

La primera tiene que ver con que me gustaba imaginar un espacio blanco difuminado; me daba satisfacción pensar en él, dado que el tiempo y todas las cosas en ese lugar no existían. Aunque esto ya no lo hago.

La segunda tiene que ver con unos libros que creo que tomé sin el permiso de la escuela. Había uno que me gustó por su portada animada, el cual nunca leí, pero me gustaba tenerlo. De hecho, el primer libro que leí de principio a fin fue hasta llegar a los veintidós años. Por lo tanto, mi forma de consumir el

conocimiento siempre fue la televisión y el celular, donde los videojuegos me han acompañado toda la vida.

Antes de terminar el capítulo, me gustaría señalar dos cosas que considero que ayudan a entender mejor esta etapa.

La primera tiene que ver con que me gustaba imaginar un espacio blanco difuminado; me daba satisfacción pensar en él, dado que el tiempo y todas las cosas en ese lugar no existían. Aunque esto ya no lo hago.

La segunda tiene que ver con unos libros que creo que tomé sin el permiso de la escuela. Había uno que me gustó por su portada animada, el cual nunca leí, pero me gustaba tenerlo. De hecho, el primer libro que leí de principio a fin fue hasta llegar a los veintidós años. Por lo tanto, mi forma de consumir el conocimiento siempre fue la televisión y el celular, donde los videojuegos me han acompañado toda la vida.

Para finalizar, me gustaría reflexionar sobre lo que se tiene que hacer con los niños de mi perfil o con cualquier otro niño, más allá de la etiqueta del "Asperger" que me puso una psicóloga a los veinte años (aunque nunca hubo un diagnóstico a fondo, fue una sola sesión acompañado de mi abuela).

Mi consejo para cualquier padre de familia es que lean “Conflictos del alma infantil” de Jung; al menos así tendrán una idea de la complejidad infantil. También, que pasen tiempo con sus hijos, ya sea jugando algún juego de mesa o alguno inventado, yendo a museos, o teniendo libros diversos (ya sean de historia, biología, cuentos o matemáticas, aunque nunca se los lean).

Además, deben respetar el espacio personal, como preguntar qué juguetes son especiales para ellos, y lo más importante: alejarlos de las redes sociales y el contenido vacío. Estoy seguro de que si hubiera crecido con las redes sociales y el YouTube vacío, hoy mis textos no existirían.

Y no hace falta que todos los padres tengan títulos universitarios o aficiones intelectuales. El simple hecho de estar presentes, dando amor, validando la forma de pensar de sus hijos y jugando con ellos, hace la diferencia. Esto evita que la situación se complique en el futuro y sea demasiado tarde para actuar.

Créanme que somos muy agradecidos con las personas que nos ayudan. Por ejemplo: mi maestra de Cálculo de la universidad, a quien nunca le entregué el examen, pero la incluiré en mi novela, así como incluyo a matemáticos legendarios como Euler. Es por el humanismo que emana de ella; probablemente fui el único en toda la clase en preguntarle por su matemático favorito, que resultó ser Newton.

Y, antes de ser alguien con Asperger, quiero ser una persona que ayude a dejar un mundo mejor para cualquiera, pues los problemas de salud mental no entienden de etiquetas.

Capítulo V: Trafico Paralizante [12]֍[15]

Mi etapa en la secundaria fue la peor en mi paso por el sistema educativo, donde terminé con una calificación final de 7.7.

Aún recuerdo el primer día de clases: no conocía a nadie. Todos mis amigos del barrio fueron a otras secundarias. Ya sé que en los capítulos anteriores no hablé de mis amigos de mi casa, pero realmente tuve una infancia muy rica en amistades. Siempre recordaré con aprecio esos tiempos, donde cada día vivíamos una aventura. Ellos saben quiénes son y el aprecio que les tengo, aunque ya no les hable.

Mi relación con las materias era, obviamente, mala, al grado de que usaba una misma libreta para todas las materias. Me importaba poco aprender. Quizás la única cosa que me gustó fue memorizarse la tabla periódica; de ahí en fuera, si me preguntaran qué aprendí en la secundaria, diría que nada. En resumidas cuentas, fueron tres años en los que las malas notas eran el pan de cada día y en los que tuve que aguantar las caras de una madre decepcionada por las calificaciones de su hijo.

En realidad, mi calificación solo es un síntoma de una situación que ya venía germinando desde que nací, pero la secundaria fue el caldo de cultivo —y la vida afuera de esta— para que mi vida fuera en picada. Me gustaría empezar por analizar mis interacciones con el personal docente y administrativo.

Una de las interacciones que más recuerdo fue con mi profesora de artes, que me decía algo así como: "No te dejes" o "No te achicopales por los demás". Pues ya sabrán, mis compañeros —con una obvia negligencia por parte de sus padres— no eran las mejores personas, y yo, con mis problemas sociales y de casa, no sabía cómo actuar ante tal salón de clases.

Una vez, cuando nos entregaron mochilas (de mala calidad) por parte del gobierno, se me ocurrió la fantástica idea de cortarle los tirantes, por lo que un profesor me regañó y contesté algo muy tonto, como que me molestaban. Ahora que pienso en esa escena, obviamente no necesitaba esa mochila, pero no me arrepiento, pues todos sabemos que esa ayuda es meramente un acto político que no dista mucho del extranjero regalando juguetes para las redes sociales.

Realmente no iba a tener más interacciones interesantes con maestros o adultos de la secundaria, como sí las tuve en la prepa con mi maestra —con un perfil más afín a la psicología— que habló conmigo. Por lo que las siguientes interacciones son con los alumnos y las más importantes para entender esta etapa, donde iniciamos con el tema fuerte: el bullying, que provenía siempre de una misma persona, que era como el bufón del salón y que le hacía lo mismo a otros que no le pudieran poner un alto.

En una de sus bufonadas, lloré de impotencia en medio de todo el salón, algo que no fue muy agradable. Por lo que me pasé toda la secundaria tratando de evitarlo. Aunque nunca llegó a una agresión física fuerte, sí era muy molesto, y todo lo hacía en medio del salón, haciendo todo más humillante para uno.

Recordé por años ese bullying en mis sueños, donde incluso lo confronté varias veces. Y el más inusual: recuerdo ofrecerle comida y decirle algo como: "Ya hay que llevarnos bien". Creo que en mis sueños dejó de ser aquel bufón que era.

Por lo que en su día sí despertó un odio hacia él, dado que tenía novia y una vida social más activa, pues vivía cerca de la secundaria y frecuentaba más a los compañeros del salón.

Mi relación con las niñas en la secundaria fue muy distante, pero recuerdo a cuatro. A una le dije por mensaje que estaba bonita y si quería ser mi novia; según esto, el mensaje no le iba a llegar, pero sí le llegó y solo se rio. La otra era como el patito feo de las del salón y, como ya saben, tengo cierta fijación por esas personas, y también me enamoré de ella, aunque es más psicológico este amor —y quizás malo—, pero nunca se lo dije.

Con otra que igual me gustaba, pero nunca le dije, hablé mucho por mensajes y eran pláticas muy tontas, pero por hablar con una niña no importa eso. Y con otra también hablaba, aunque menos. Por lo que en la secundaria, aunque suene irónico, fue la etapa donde más interacciones tuve con el género femenino, ya que en la preparatoria y universidad —solo había una chica en Ingeniería y formaba parte del grupito con los que hablaba, aunque solo los acompañé dos semestres; se les quiere— se reduciría a trabajar en equipo.

Una de las amistades más cercanas que tuve fue con un compañero que varias veces me acompañaba a casa, dado que su abuela trabajaba en una universidad cerca de mi casa. Por lo que podemos ver otra vez el patrón que será recurrente en mi vida: las relaciones uno a uno. No estoy tan seguro de por qué, pero supongo que todas esas relaciones no fueron parasitarias; el caos del grupo, al cambiarlo por el orden de solo tener que relacionarme con uno, era mejor para mí.

En general, cierta vida social de mi salón estaba mediada por sustancias ilícitas, en las que nunca participé, lo que dificultaba más esa falsa "hermandad". Pero hoy, a mis 23 años, nunca he tomado una sola cerveza completa, y ahora agradezco haber estado fuera de esas dinámicas, dado que muchas personas y familiares se han arruinado la vida con esas sustancias.

Para concluir: mi desempeño académico fue malo, mi vida social dependía de dos grupos. Con unos me la llevaba en la escuela y con el otro a la hora de la salida, dado que vivían por donde yo. Y para terminar, pues siempre traté de evitar al bufón, que era parte también del grupo con los que me juntaba, pero afuera de la escuela era diferente; hasta una vez me saludó cuando iba con los amigos del barrio.

Mi vida afuera de la secundaria pasó por un acontecimiento importante: el divorcio de mis padres. Esto empeoró aún más mi relación con ellos y me hizo refugiarme todavía más en los videojuegos. Antes de que se separaran, me compraron un Xbox, donde inicié una subvida social a través de los juegos multijugador. Y es aquí donde comienza la ruptura con mis amigos del barrio, pues prefería quedarme en mi cuarto jugando.

Disfruté mucho de los videojuegos, en específico *Rainbow Six Siege* en ese tiempo. Era bueno jugando: ocupaba un rol muy libre, merodeando el mapa; un rol muy solitario pero que podía ser decisivo. Además, hicimos un grupo con algunos de mis amigos del barrio y amigos de un compañero de la secundaria. Estábamos más o menos al mismo nivel, pero él era más bueno; él sabrá quién es. También se le aprecia, aunque ya no le hablo.

De esta etapa de mi vida no hay muchas cosas interesantes que contar, más que a finales de la secundaria mi mamá encontró otra pareja y se fue de la casa, dejándome con mi abuela, con la que he vivido hasta mis 23 años. Se perdió la comunicación por varios meses, y no tardó mucho en decirme que esperaba un bebé. Es la primera vez que hablo sobre esto. Sí tengo hermanos, pero no he convivido mucho con ellos por el mismo tema: nunca hemos vivido juntos.

La situación con mi papá puede que no haya cambiado mucho, porque siempre fue la más distante. Pero a veces sentía que me dejaba de hablar por el tema de mi mamá y su nueva pareja. Pero bueno, aunque tengo mis comentarios sobre sus decisiones, supongo que cada quien hace lo que quiere con su vida. En vez de hablar estos temas con ellos o contarles sobre mis textos pedagógicos, decido subirlos a internet, tratando de que al menos mi vida sirva como ejemplo de lo que no se tiene que hacer, y nadie más tenga que arruinarse la vida a sus 15 años.

Me gustaría retomar mi conflicto con las calificaciones y cómo la sociedad las procesa. Si bien hay reconocimiento en el alumno que logra sacar un 10 —pues genuinamente se lo merece—, creo que a las escuelas les gusta fragmentar al alumno en dos: su vida afuera y su vida adentro (la que evalúa). Una visión caricaturizada que les conviene seguir manteniendo, puesto que arreglar los problemas en casa les interesa poco. Esto se ve reflejado en la película *Indiferencia*, donde por más buen profesor que sea uno, si hay problemas en la vida de los alumnos, importa poco qué tanto te prepares las clases.

Esta misma calificación sirve como un filtro cruel que va desechando las "manzanas podridas", donde algunas escuelas o becas dan prioridad a la calificación (tomando en cuenta la vida adentro). Pero lo irónico es que hoy tengo la posibilidad de que las escuelas me abran las puertas para dar una de mis clases voluntarias, y eso fue por mi vida afuera de estas.

Pero bueno, el mensaje que quiero mandar no es tanto para padres o maestros, sino para adolescentes en mi misma situación, que pareciera que el mundo nos está abandonando. A veces basta con dar el primer paso. Así como no hace falta ver mil rosas para saber que te gustan, creo que a las personas en general les gustan las cosas profundas, complejas y con significado; solo que la cotidianidad las embriaga, se les olvida cómo se ve una rosa, y necesitamos recordarles de nuevo su encanto.

Por desgracia, yo no sabía esto, y tampoco era como que tuviera algo tangible que dar, pues lo único que tenía eran mi pensamiento introspectivo y mis sueños. Pero creo que ahora los jóvenes tienen más suerte con esto, y ojalá se den cuenta y, desde una temprana edad, encuentren dónde plasmar ese mundo.

REFLEXIÓN FINAL

Pues nada, he decidido terminar mi autobiografía hasta mis 15 años, pues considero que la infancia determina gran parte de nuestra vida.

Aunque no haya ido a psicólogos y las pocas sesiones que he tenido hayan sido muy superficiales, considero que es importante atender los problemas de salud mental, ya que, en lo personal, en varias ocasiones he puesto mi triada personal por encima de mi bienestar.

Siguiendo el hilo de los psicólogos, perfiladores, criminólogos, etc., más de una vez me he enojado con ellos porque han predicho las cosas malas de mi persona. Es un enojo que viene desde dentro, porque uno no quiere ser así; uno quiere ser buena persona. Y eso se ve reflejado en mi búsqueda constante de lo humano. Eso es lo que más me enoja: que a uno lo señalen como un monstruo, cuando probablemente soy la persona que más busca lo humano, pero se me negó durante toda mi infancia.

Por lo tanto, reconozco que esas personas pueden salvar vidas y detectar ciertas cosas desde la infancia. En su momento los pude ver como mis enemigos, personas que derrumbarían mi propia autobiografía, pero bueno, ahora me da igual. Creo que todos los textos que he escrito son un constante rescate a mi niño interior y a las personas que he encontrado en el camino.

Por lo que me importa poco lo que puedan decir de mí. Ya de adulto sé que no soy la mejor persona y estoy lejos de los invisibilizados, pero por lo menos no tengo en la mano la Biblia y me senté a escribir este texto.

Y sé que me voy a morir con todos mis demonios internos, pero bueno, espero haber ayudado a alguna persona con mis textos y que tengan más herramientas de las que yo alguna vez tuve.

*Gracias por tomarse el tiempo de leer este texto, y que el **simbolismo** te acompañe*